LA HISTORIA DE MOTECUHZOMA, EL CONQUISTADOR



VALENTINO

LA HISTORIA DE MOTECUHZOMA, EL CONQUISTADOR

Motecuhzoma era recio, musculoso, monumental. Se había criado en el desierto, desnudo, curtiendo su piel bajo el sol abrasador de los trópicos, luchando a brazo partido contra las bestias. Su fama había llegado a las gentes de la ciudad de Tlacopán, quienes asombrados por su corpulencia empezaron a correr la voz de que se alimentaba únicamente de serpientes. Fue allí donde lo apodaron "Águila Poderosa". Era un guerrero temible, y su fuerza, fuera donde fuera, era motivo de espanto.

Un día llegó a oídos del soberano tepaneca, Azcapotzalco, el gran señor de la triple tierra, la historia de Motecuhzoma. El soberano yacía tendido en una hamaca de su residencia veraniega, construida sobre una de las isletas del Lago Sagrado.

–Posee la fuerza del Quinto Sol, Majestad –le dijo en susurros el Teuctli.

–No hay poder que se compare al de Azcapotzalco –le recriminó molesto el soberano–. No sabes acaso que los dioses producen noche a noche la savia con que se alimenta mi poderío.

El Teuctli, desconcertado por las palabras de Azcapotzalco, retrocedió. Con gran tiento, le dijo:

–Mucho me temo, gran señor, que los dioses también hayan favorecido a Motecuhzoma.

Azcapotzalco se enardeció. Su ira llegó hasta los dioses. De pronto, a lo lejos, sobre un espinoso maguey del lago, un águila, que batía con fuerza unas enormes alas, se posó. Azcapotzalco lanzó un juramento. Aquel augurio era una invectiva contra su dominio.

–¡Los dioses han de castigarte por tus palabras, Teuctli! –lo recriminó el gran príncipe, volviendo el rostro–. Mas yo los vindicaré. ¡Tráeme a Motecuhzoma, que yo mismo lo ofreceré en sacrificio para aplacar el enojo de los dioses! Ya veremos si es tan invencible como dicen.

El Teuctli, preocupado por semejante reto, mandó a reunir un ejército de mil hombres para atrapar a Motecuhzoma. Doce días después, el Teuctli, abrumado, regresó solo del desierto. Le dijo al soberano que Motecuhzoma había barrido a sus hombres y que vendría a vengarse de él, conquistando a su pueblo. La noticia sobre la fracasada expedición y las palabras del Teuctli encolerizaron a Azcapotzalco, y la gente del pueblo, al enterarse de la tamaña proeza de Motecuhzoma, comenzó a venerarlo, asociando su futura venida con el nacimiento del Quinto Sol.

«Oh, Teotihuacán, sin mano de hombre erigida, de tus entrañas benditas nacerá el Quinto Sol», exclamaban, alzando las manos, recorriendo las calles adoquinadas de Tlacopán, frente al palacio de Azcapotzalco, atizando más la ira del soberano.

Al décimo tercer día de aquella derrota, la puerta principal de los muros de Tlacopán era arrancada de cuajo por las fuertes manos del impetuoso Motecuhzoma, quien con la misma hoja derribaba a cuanto hombre se le plantara enfrente. Entre muchedumbres guerreras, blandiendo la larga tabla de madera, Motecuhzoma finalmente arribó a Palacio. Azcapotzalco lo esperaba arriba, confiado en el favor de sus dioses, instalado arrogantemente en uno de los salones del Templo Mayor.

Motecuhzoma vio al gran príncipe cuando éste todavía encendía la pira. Amarrado a su ex, el Águila Poderosa cargaba un saco. Se lo arrancó con fuerza y lo rompió en dos. Una a una, cayeron a los pies de Azcapotzalco las orejas de sus mil soldados. El príncipe, hasta entonces inalterable, junto al hogar divinizado, gimió de horror. Sumergido entre luces y sombras, Motecuhzoma avanzaba. Nada podía detenerlo, ni

siquiera los dioses tepanecas, ahora tan flojos y acomodados, pues Motecuhzoma había sido criado por el mismísimo sol del desierto.

–Eres tú el Quinto Sol –le preguntó el soberano con el rostro entelerido, aún disimulado por su soberbia. La estridencia de un alarido aguileño resonó afuera del Templo, golpeando las marismas del lago, soliviantando sus diminutas olas.

Motecuhzoma no dijo palabra. Azcapotzalco, hundido en el terror, sorprendido por el abandono de sus dioses en esa hora nefasta, veía estupefacto el advenimiento de un nuevo poder, uno conquistador que avanzaba inmisericorde para descoyuntarlo. Llamó al Teuctli, pero éste no contestó. Motecuhzoma avanzaba, resuelto, sediento de honor, gloria y venganza. A dos pasos de él, Azcapotzalco, el gran señor de la triple tierra, el gran tlahtoani, entendió finalmente lo que los antiguos escritos del Templo le habían dicho y advertido por siempre, y entonces, arrebatado por un grito de cobardía y pánico, se lanzó en sacrificio a las llamas del fuego sagrado. El Quinto Sol había nacido.